

## FRANZ KAFKA: CARTAS

Por Juan Francisco MARTÍN GIL

A Kafka se le ha estudiado, diseccionado, analizado. Incluso se le ha encasillado dentro de su propio calificativo: *Kafkiano*. Apelativo este que puede denotar turbación, vueltas y rodeos sin fin o mil laberintos de papel de seda que nos impedirán llegar a la meta deseada. Pero seguramente, para usted, significará cualquier otra cosa.

Yo intentaré centrarme en sus *Cartas*, donde una mención aparte corresponde a su famosa *Carta al padre*, que goza de un *sentido* distinto, literariamente distinto.

La *Carta al padre* es elaborada con un fin concreto y, como todo fin en Kafka, inseguro. El jamás entregó esa carta a su padre, la depositó en vías imposibles como las del *El Castillo*, su madre y Milena. Existía la posibilidad de que su madre la hubiera entregado, pero no era una posibilidad real.

En la *Carta al padre*, Kafka utiliza todas sus «argucias abogaciles», todo su saber destructivo. Desmorona el espejo donde él no se ha reflejado nunca. Pero, inevitablemente, guarda esas cenizas consigo, atadas a él. El temor a su padre será una de las constantes en su vida; luchan en sitios distintos y jamás se encuentran.

Sus *otras* cartas nos muestran no la cara o la cruz de una moneda, sino la continuación del dolor diario, del «desnudarse ante los fantasmas», de su lucha por arrancar al papel algo «decente». En este caso la moneda se transforma en una sutil banda de Moebius, infinita, sin punto de partida y sin meta. Cárceles ilimitadas como las de Piranesi o dibujos de escaleras con el comienzo y el fin en el mismo origen como los de Escher. Kafka y su literatura se transluce en sus cartas, se nutre de ellas, de las contestaciones que ellas exigen. De los angustiantes silencios.

En ellas define claramente a *los demás* (Felice, Milena, Max Brod), para él son personas determinadas. Con esta relación de definición de los otros logra mantener contacto consigo mismo, en ocasiones un contacto frágil y tenso. Ellos, poseen unos rasgos claros, unas cualidades notables, son *físicos* (en cuanto a volumen, él, siempre delgado, creía equivalente delgadez y debilidad) y fuertes.

Pero también se define por su absorción de la otra persona, la que se encontrará con dos o tres cartas diarias de él que reclaman una contestación. Capta su atención, hechiza como hechizan los movimientos de las manos en el domador de serpientes. Es la necesidad.

Silencioso en su silencio imprescindible, las relaciones con las mujeres-amantes/mujeres-amadas, comienzan con cartas. En ellas aparece como un ser auténtico aunque débil, vivo aunque tímido. Se hace necesario. Sumerje en sus inquietudes, impone su ritmo. Es celoso y acaparador en la medida que dichos calificativos puedan emplearse para con él.

Kafka, nada más comenzar su relación con Felice, *necesita* de las cartas de ella. Esas cartas le proporcionan una fuerza que él, inmediatamente, pone al servicio de su creación literaria. Felice se le representa como una seguridad que, aunque lejana, no exige de él más que palabras. Palabras que, en cartas sucesivas, podrá corregir, aumentar y quizás lo más importante, podrá repetirse con ellas hasta el agotamiento. Celoso por su literatura, nunca perdonará a Felice la indiferencia que causó en ella su primer librito de cuentos *Contemplación*. Manuscrito que, paradójicamente, llevaba él la tarde que la conoció en casa de su amigo Max Brod para una nueva revisión. Y así, cuando ella hace algún comentario sobre los escritores que lee o las obras de teatro que va a ver, Kafka arremete contra ellos y los barre con desdén. En realidad Felice nunca apreció el quehacer literario de Kafka.

Los tres primeros meses de la relación con Felice serán de una intensidad creadora que no volverá a repetirse.

Con Milena es distinto, nunca existen los agobios del «compromiso» o de una nefasta boda. Milena capta rápidamente el genio creador de Kafka; ella le escribe pidiéndole autorización para traducirlo al checo. Tremendamente humana, Milena se hunde con él cuando es necesario, enferma -o eso parece- también de los pulmones. El diálogo es sublimado siendo desgarrados todos sus elementos: la pasión, el sacrificio, las esperas, el martirio mutuo y, por qué no, la humillación. Pero esta es una relación rápida, podríamos decir que se consumen en una suma de dolores y actuaciones equívocas (Milena estaba casada y por entonces no había decidido abandonar a su marido). La cuerda entre ellos se rompe, o mejor, se aleja infinitamente sin dejar de existir.

Desgraciadamente se han perdido las cartas a Grete Bloch, pero por las referencias que tenemos de ellas no debió faltar ninguna de las características de Kafka, como por ejemplo, sus preguntas ansiando conocer lo más exactamente posible sus amistades, la descripción de su cuarto, de su oficina, de sus compañeros, el relato minucioso del camino hacia su casa, los escritores que le gustaban, y en fin, todo aquello que, la rodeara, angustias incluidas, las veinticuatro horas del día.

En sus escritos, al igual que en sus *Diarios y Cartas*, Kafka utiliza un

lenguaje claro, preciso, penetrante y concreto. Seguramente como fiel reflejo de todo aquello que sentía, magistralmente.

Finalmente, nada mejor que un corto fragmento de una carta de Kafka a Milena (Praga, 1921).

«Escribir cartas significa desnudarse ante los fantasmas, que lo esperan ávidamente. Los besos por escrito no llegan a su destino, se los beben por el camino los fantasmas».

